

Israel: ni seguridad ni paz

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

El atentado del 7 de octubre respondió a un estrepitoso fallo de invulnerabilidad que aún no ha sido aclarado por las autoridades israelíes. ¿Cómo es posible que una de las fronteras más vigiladas y tecnificadas del mundo fuera burlada de esa manera por los milicianos de Hamás y la Yihad Islámica? Cuando, precisamente, Netanyahu se había hecho con la jefatura de gobierno prometiendo esa tan ansiada seguridad. Aún no se han depurado responsabilidades políticas argumentando que lo prioritario es acabar con Hamás y su poder en la Franja de Gaza. Pero algún día Bibi también tendrá que responder de esto. Escudándose en aquella premisa, llevamos tiempo viendo que no hay límites y que los soldados israelíes están perpetrando una estrategia de tierra quemada, desbaratando esa falsa propaganda, sólo creída por ingenuos o bienintencionados, de que el israelí es el ejército más moral del mundo. Como en casi todo lo que tiene que ver con Palestina y los palestinos, Tel Aviv miente descaradamente. Cualquiera ha podido ver vídeos de las fechorías realizadas por sus uniformados en Gaza, presumiendo incluso de ello en las redes sociales. A mayor abundamiento, según ha publicado recientemente el periódico The Guardian, con datos de la Inteligencia militar del propio ejército israelí, el 83% de las muertes en Gaza son civiles, algo que se asemeja a las cifras que tenemos para las matanzas de Srebrenica o Ruanda. De ahí que hasta numerosos juristas hablen ya abiertamente del genocidio de Gaza. Netanyahu lo niega y, con el cinismo que le caracteriza, ha llegado a declarar que, si querían haber aniquilado a los gazatíes, lo hubieran hecho en una tarde. ¿Cómo? ¿Con alguna bomba atómica, como en Japón, o con una lluvia de misiles? No hubiese quedado muy decoroso ante la comunidad internacional, y hasta tal vez Estados Unidos no lo hubiese consentido. Por eso es mejor hacerlo como lo están haciendo, acabando con su población mediante bombardeos y hambre. Saben que de esta forma siguen contando con el sostén norteamericano y el silencio vergonzoso de la Unión Europea. Emulando a Cicerón, “quo usque tandem abutere, Netanyahu, patientia nostra?”. ¿Hasta cuándo vas a abusar, Netanyahu, de nuestra paciencia?

Por lo que se ve, y por la escasa reacción de las instituciones comunitarias, parece que Netanyahu sigue teniendo vía libre para hacer lo que está haciendo, pese a que la Corte Penal Internacional ha pedido su arresto por crímenes de guerra y contra la Humanidad. A nuestros dirigentes europeos eso les da igual, aunque podemos ver algún rayo de esperanza en las crisis de gobierno de Bélgica y los Países Bajos por este tema. Los nuevos reconocimientos del Estado de Palestina por países como Francia o Canadá, por ejemplo, son gestos simbólicos importantes que no conducen a nada. En oposición, seguimos teniendo a Alemania, que se diría que anhela tapar el Holocausto nazi con el genocidio palestino actual, sin atreverse a tomar ninguna medida respecto del ejecutivo de Netanyahu por miedo a ser tildados de antisemitas. Continúan bajo los efectos de la “solución final” decretada por el Tercer Reich, ciegos a la realidad actual de un Israel que vulnera el Derecho Internacional Humanitario y que no cumple con las obligaciones adquiridas en los tratados y en las convenciones internacionales que ha suscrito. Que hasta su embajador en la ONU haya destruido públicamente la Carta de las Naciones Unidas es simplemente un ejemplo de lo que estoy diciendo.

Gobernado por una banda de fanáticos contrarios a lo que es una auténtica democracia, Israel en estos momentos está sembrando tal cantidad de odio entre los palestinos en particular y entre los musulmanes en general que es difícil pensar en su seguridad. La opresión tan brutal a la que están sometiendo a los palestinos garantiza la animadversión por generaciones. Esos muertos que está causando son los mártires del mañana. Claro que Tel Aviv confía en que se vayan de un territorio completamente arrasado o expulsarlos directamente, como llevan haciendo desde 1948. A fines del siglo XIX una delegación enviada a Palestina por las primeras organizaciones sionistas de Europa apuntaba que “la novia es muy hermosa, pero está casada con otro hombre”. Es decir, que los palestinos eran sus legítimos ocupantes. Eso no fue óbice para que empezaran a establecerse allí

hasta que en 1947 la ONU decidiera su partición y la creación de los dos estados. Desde ese instante, se deseaba echarlos y apropiarse de sus tierras y haberes, pues, a la postre, como afirmaba la primera ministra Golda Meir, los palestinos como tales no existían. Se trataba de anular al Otro. Ahora los medios de comunicación israelíes hablan directamente de infrahumanos o cosas peores, por lo que su eliminación está justificada. No en vano, el objetivo último es hacerse con el Gran Israel, atendiendo a lo que consta en el Génesis 15: 18, “en aquel día hizo Jehová un pacto con Abraham: a tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Éufrates”. Con este horizonte, una república que se inspira en la Biblia, ¿a qué paz aspira?

29 de agosto de 2025, publicado en *El Diario Vasco*, 2 de septiembre de 2025, p. 19